

Cultura impresa, periodismo y cultura socialista en la Argentina (1894-1905)

Juan Buonuome
UBA/UdeSA/CONICET
jbuonuome@udesa.edu.ar

Aunque mi ingreso al Partido Socialista data del año 1897, desde tiempo antes conocía nuestro valiente órgano *La Vanguardia*. Semanalmente, en el trayecto a mi trabajo como aprendiz de tornero en madera, lo veía expuesto en la vidriera de la librería “EL GLYPTODÓN” que Florentino Ameghino tenía en la calle Rivadavia, frente al Teatro Doria (hoy Marconi), y que el sabio colocaba allí ciertamente más con el fin de hacerlo entrar por los ojos al público, que por lo que importase la utilidad de su venta. En el interior de la librería, entre su cúmulo de cráneos y huesos de toda especie y tamaño, de trozos de piedras y maderas, desparramadas sobre el mostrador, dentro de los estantes y sobre el piso, que llamaban la atención del transeúnte, que sonreía al pasar, ignorante del inmenso servicio que su dueño, con esos elementos, prestaría a la ciencia, el sabio atendía a su clientela y más de una vez tuve el honor insigne –que sólo más tarde aprecié– de recibir de sus manos el ejemplar de nuestro periódico que compraba y leía, primeramente con curiosidad de muchacho, luego con interés, pues que se presentaba como “Defensor de la clase trabajadora” a la que yo pertenecía (Jacinto Oddone, “La «vía crucis» de *La Vanguardia*”, en *La Vanguardia. A 1 año de su clausura*, Buenos Aires, Comisión de Prensa del Partido Socialista, 1948, p. 37).

Las biografías y memorias escritas por los dirigentes socialistas de fines del siglo XIX y principios del siglo XX están plagadas de “relatos de conversión” como el que puede leerse en el epígrafe. En ellos, el contacto con la palabra impresa juega un rol decisivo: la lectura de un libro, un periódico o un folleto opera en la conciencia del joven obrero o estudiante como un factor de “iluminación” y genera un parteaguas en su trayectoria vital al decidirlo por un compromiso definitivo con la causa socialista. En el rito de pasaje descrito por Jacinto Oddone, el objeto que cumple el rol mediador es el periódico *La Vanguardia*. Allí, antes que aludir al valor de las ideas contenidas en sus páginas –y al efecto que ellas pudieran haber tenido en su propia visión del mundo–, el dirigente socialista remarca su condición estrictamente material. *La Vanguardia* es colocada en una serie junto a otros artefactos culturales que podían encontrarse en la librería del sabio Ameghino: “cráneos y huesos” y “trozos de piedras y maderas desparramados”. A su vez, su primer contacto con el periódico era sensorial antes que

intelectual. Desde la vereda lo *veía* expuesto en la vidriera, donde había sido colocado “con el fin de hacerlo entrar por los ojos al público”. Luego, lo recibía directamente de manos del eminente naturalista y paleontólogo, hecho que garantizaba, en términos simbólicos, la cientificidad de su mensaje. Y recién después de constatar que el subtítulo con el que se presentaba el periódico postulaba la defensa de los intereses de su propia clase social, el joven tornero se abocaba a su lectura.

Escenas similares se repitieron con seguridad en numerosas ocasiones hacia el cambio de siglo y alertan sobre la importancia que tuvieron los impresos y, en particular, la prensa periódica, en los esfuerzos de propaganda de los militantes socialistas de entonces. Dado que era en la palabra impresa donde estaban alojadas las mayores esperanzas de cambio y emancipación social de los socialistas, la prensa periódica aparece como un ángulo estratégico para visualizar rasgos centrales de la acción del socialismo argentino en las décadas del noventa y el novecientos. En este sentido, la investigación que he realizado sobre *La Vanguardia* en el período que transcurre entre su aparición como semanario en abril de 1894 y su transformación en diario matutino en septiembre de 1905, ha perseguido como objetivo aportar elementos a una historia cultural del socialismo argentino hasta ahora poco conocida.¹

La confianza depositada en la difusión de la palabra impresa como agente de transformación fue una constante en el movimiento socialista internacional, aunque el fenómeno tuvo en la Argentina características propias, relacionadas con el particular contexto de acelerado cambio social y cultural que vivió el país en el cambio de siglo. El crecimiento económico, la inmigración masiva, la movilidad social y el proceso de formación de un mercado de bienes culturales en el que la prensa periódica ocupaba un lugar preponderante, delimitaron un campo de acción definido y complejo a la propaganda socialista local. Así, la historia de *La Vanguardia* elaborada en el cruce de la historia cultural del socialismo y la historia social y política de la prensa periódica, ha permitido describir y analizar una trayectoria singular dentro de la historia de la cultura impresa del socialismo en tiempos de la Segunda Internacional.

La elección de este periódico como punto de observación respondió a varios factores. En primer lugar, *La Vanguardia* concentró los principales esfuerzos de la militancia socialista en el cambio de siglo, hecho que le valió el rol de órgano central del Partido

¹ Esta ponencia sintetiza los principales argumentos de la tesis de Maestría en Investigación Histórica, realizada bajo la dirección de Marcela Gené y presentada en marzo de 2014 en la Universidad de San Andrés, cuyo título es *La Vanguardia, 1894-1905. Cultura impresa, periodismo y cultura socialista en la Argentina*.

Socialista de la Argentina a partir de mediados de 1896. A su vez, gozó de una circulación y de un reconocimiento mucho mayor a cualquier otro periódico socialista en la Argentina del período, según muestran las cifras de tirada y las primeras representaciones sobre el universo de la prensa socialista. Además, actuó como principal medio de comunicación entre el socialismo local y el movimiento socialista internacional gracias a su temprana y duradera inserción en las redes de intercambio con periódicos de Latinoamérica, Estados Unidos y Europa.

Subtitulado desde el primer número como *Periódico Socialista Científico. Defensor de la clase obrera*, el semanario fundado en 1894 se propuso actuar como un factor de progreso político, social y cultural mediante la aplicación de los principios del “socialismo científico” a la realidad argentina. En los editoriales iniciales de Juan B. Justo, primer director del periódico y futuro líder del socialismo local, se expresaba la necesidad de favorecer la organización política del proletariado recién formado, de modo de volverlo compatible con el progreso económico del país del último cuarto de siglo XIX. Según una visión evolucionista del cambio social, las mayorías trabajadoras alcanzarían su madurez política gracias a una labor permanente de educación y concientización de sus propios intereses. En este marco, *La Vanguardia* jugó una posición de avanzada en la inmensa tarea de integración política de las masas inmigrantes que los socialistas, con marcado sesgo pedagógico, buscaron llevar a cabo.

Los militantes que le dieron vida a *La Vanguardia* vieron en sus páginas la mejor herramienta para conseguir ese doble proceso de organización política y concientización de los trabajadores en la Argentina. Desde su misma fundación el semanario actuó como un factor de primer orden en el proceso de institucionalización del socialismo argentino a fines del siglo XIX, al permitir la reunión de clubes y asociaciones socialistas de Buenos Aires en un mismo partido político. A ello colaboró su capacidad no sólo para vincular entre sí los elementos dispersos del movimiento suministrándoles información sobre reuniones y movilizaciones, sino también para apuntalar los debates y las definiciones estratégicas al interior del campo socialista mediante la difusión de materiales doctrinarios.

No obstante, la suerte del nuevo partido requería, al mismo tiempo, de un esfuerzo por trascender las estrechas fronteras de los círculos militantes y captar la atención de aquellos miembros de los sectores mayoritarios de la sociedad que tenían un contacto cada vez más fluido y cotidiano con la palabra impresa, pero que se mantenían todavía ignorantes o indiferentes de las ideas socialistas. También en esta labor *La Vanguardia*

jugó un papel destacado, acomodando su estilo periodístico a las demandas del nuevo público lector conformado al calor de las campañas de escolarización estatal y del auge de las industrias periodística y editorial.

Dentro del marco de acción que le señalaba su condición de periódico militante, *La Vanguardia* realizó un denodado esfuerzo por hacer frente a la competencia que le planteaba la denominada “prensa burguesa” en el cambio de siglo. Ello se puso en evidencia en la evolución de su funcionamiento interno, su fisonomía material y sus contenidos propagandísticos. La publicación de avisos publicitarios, la distribución por venta callejera, la atención brindada a las noticias de actualidad, la incorporación de ilustraciones semanales en la portada, el empleo de dispositivos de propaganda popular que implicaban un registro vulgar del lenguaje y la aparición de tópicos criollistas: tales fueron los principales argumentos con los que los animadores de *La Vanguardia* buscaron dar satisfacción a las necesidades de información, entretenimiento y consumo que caracterizaban al anónimo universo de lectores de fin de siglo.

La modernización periodística en curso a fines de siglo representó un horizonte de referencia ineludible para los editores de *La Vanguardia*. Los diarios que lideraban este proceso mostraban un exitoso modelo empresarial volcado a la obtención de beneficios comerciales y constituían el principal motor en la formación de un mercado de bienes culturales.² Ellos poseían una inocultable capacidad para dar forma a un público de masas donde se reunían los integrantes del heterogéneo mundo del trabajo y los emergentes sectores medios que crecían al calor de una sociedad abierta y móvil.³ A su vez, y en estrecha relación a lo anterior, daban cauce a un proceso de profesionalización de las actividades del escritor y del periodista que habilitaba verdaderos caminos de ascenso social y cultural para muchos hijos de inmigrantes que no contaban con capital político o familiar propio.⁴

Este nuevo periodismo representado por los principales matutinos tenía bases de apoyo muy diferentes al modelo de prensa “política” o “facciosa” característico del

² Claudia Román, “La modernización de la prensa periódica entre *La Patria Argentina* (1879) y *Caras y Caretas* (1898)”, en Alejandra Laera (dir.), *Historia crítica de la literatura argentina. Volumen 3. El brote de los géneros*, Buenos Aires, Emecé, 2010, pp. 15-37.

³ Adolfo Prieto, *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006, pp. 27-82.

⁴ Alejandra Laera, “Cronistas, novelistas: la prensa periódica como espacio de profesionalización en la Argentina (1880-1910)”, en Carlos Altamirano (dir.), *Historia de los intelectuales en América Latina I. La ciudad letrada, de la conquista al modernismo*, Buenos Aires, Katz, 2008, pp. 495-522.

siglo XIX, aunque no por ello renunciaba a intervenir políticamente.⁵ En un contexto que ofrecía importantes cuotas de libertad de expresión al periodismo escrito, los llamados “grandes diarios” del cambio de siglo supieron capitalizar su autonomía financiera del estado y los partidos políticos y, sobre todo, su masiva circulación, para posicionarse como actores de primer orden de la vida política.⁶ Los socialistas, preocupados por la educación y organización política de las mayorías del país, dedicaron un gran esfuerzo a entender, denunciar, contrarrestar e incluso competir con estos verdaderos protagonistas de la Argentina de entresiglos.

La bibliografía especializada sobre el socialismo argentino en su etapa formativa es extensa. Los relatos de conjunto más importantes de esta experiencia han sido contruidos desde los parámetros de la historia política, la historia intelectual y, en menor medida, la historia social.⁷ Los acercamientos desde la historia cultural, en cambio, han estado prácticamente ausentes.⁸ Esto resulta llamativo si se tiene en cuenta

⁵ Sobre la relación entre prensa y política en la segunda mitad del siglo XIX, se pueden consultar los siguientes trabajos: Paula Alonso, “En la primavera de la historia’: El discurso político del roquismo de la década del ochenta a través de su prensa”, en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, N° 15, 1er semestre 1997, pp. 35-70; Paula Alonso, “La Tribuna Nacional y Sud-América: tensiones ideológicas en la construcción de la ‘Argentina moderna’ en la década de 1880”, en Id. (comp.), *Construcciones impresas. Panfletos, diarios y revistas en la formación de los estados nacionales en América Latina, 1820-1920*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2004, pp. 203-241; Tim Duncan, “La prensa política: *Sud-América*, 1884-1892”, en Gustavo Ferrari y Ezequiel Gallo (comps.), *La Argentina del ochenta al Centenario*, Buenos Aires, Sudamericana, 1980, pp. 761-783; Tulio Halperin Donghi, *José Hernández y sus mundos*, Buenos Aires, Sudamericana, 1985; e Hilda Sabato, *La política en las calles. Entre el voto y la movilización, 1862-1880*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998.

⁶ Inés Rojkind, “El gobierno de la calle. Diarios, movilizaciones y política en Buenos Aires del novecientos”, en *Secuencia*, N° 84, 2012, pp. 99-123.

⁷ Jeremy Adelman, “Socialism and Democracy in Argentina in the Age of the Second International”, en *The Hispanic American Historical Review*, Vol. 72, N° 2, 1992, pp. 211-238; José Aricó, *La hipótesis de Justo. Escritos sobre el socialismo en América Latina*, Buenos Aires, Sudamericana, 1999; Sergio Berensztein, *Un partido para la Argentina moderna. Organización e identidad del Partido Socialista (1896-1916)*, Buenos Aires, Documento CEDES/60, 1991; Ricardo Falcón, “Orígenes del movimiento socialista en Argentina. Prólogo. Capítulo I y II”, en *Cuadernos del Ciesal*, N° 10, julio-diciembre 2011; Ricardo Falcón, *Los orígenes del movimiento obrero (1857-1899)*, Buenos Aires, CEAL, 1984; Ricardo Martínez Mazzola, *El Partido Socialista argentino y sus interpretaciones del radicalismo (1890-1930)*, Tesis Doctoral, Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, 2009; Horacio Tarcus, *Marx en la Argentina. Sus primeros lectores obreros, intelectuales y científicos*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2007; Juan Carlos Torre, “¿Por qué no existió un fuerte movimiento obrero socialista en la Argentina?”, en *Entre pasados*, N° 35, 2009, pp. 151-163; Richard Walter, *The Socialist Party of Argentina: 1890-1930*, Austin, Institute of Latin American Studies, The University of Texas, 1979. Un repaso exhaustivo relativamente reciente de la producción historiográfica sobre el socialismo argentino puede encontrarse en: Hernán Camarero y Carlos M. Herrera, “El Partido Socialista en Argentina: nudos históricos y perspectivas historiográficas”, en Id. (eds.), *El Partido Socialista en Argentina. Sociedad, política e ideas a través de un siglo*, Buenos Aires, Prometeo, 2005, pp. 9-73.

⁸ Los trabajos de Dora Barrancos son excelentes excepciones: Dora Barrancos, *Educación, cultura y trabajadores (1890-1930)*, Buenos Aires, CEAL, 1991; Dora Barrancos, *La escena iluminada. Ciencias para trabajadores, 1890-1930*, Buenos Aires, Editorial Plus Ultra, 1996.

que la cuestión en torno a la “cultura socialista” de fines del siglo XIX y principios del XX ha animado debates por varias décadas en la historiografía de otras latitudes.⁹

Una formulación clásica sobre este problema fue planteada a principios de los años sesenta por Guenther Roth en su estudio sobre la socialdemocracia alemana.¹⁰ Según este autor, el particular contexto institucional de la Alemania imperial creó las condiciones para que el socialismo deviniera en una “subcultura”. Sostenido férreamente en los principios del marxismo y confrontado a las instituciones culturales dominantes, este movimiento de masas auto-contenido habría ofrecido a los trabajadores un modo de vida diferente al de otros grupos a través de una red propia de organizaciones políticas, económicas y culturales.

Esta influyente perspectiva referida al partido socialista “modelo” en tiempos de la Segunda Internacional fue revisada desde los años ochenta por diferentes trabajos que buscaron matizar por diversas vías la imagen de un sistema sólidamente unido por una postura ideológica.¹¹ Así, la noción de un orgulloso aislamiento implicada en el concepto de “subcultura” socialista, planteada por Roth, fue reemplazada por explicaciones que expusieron los vasos comunicantes existentes entre la vida cultural de los socialistas y marcos más amplios de referencia, como la cultura obrera, la cultura republicana, la cultura popular y la cultura de masas. De todos modos, si bien se tendió a ver en la cultura socialista un fenómeno mucho más abierto y permeable, las nuevas producciones no siempre eludieron la utilización de categorías dicotómicas y, en ocasiones, marcadamente reduccionistas. Así, la oposición entre cultura dominante y

⁹ Lo que aquí se denomina “cultura socialista” supone el cruce de dos problemas. Por un lado, la “política cultural” de los socialistas, es decir, las acciones que emprendieron en el campo de la cultura, ya sea en la labor educativa, artística, recreativa, etcétera. Y por otro lado, la “cultura política” de los socialistas, es decir, el peso que tuvo la voluntad de educación o elevación cultural de las masas en la forma de encarar las acciones y estrategias políticas de los socialistas. Sobre estos conceptos, ver: Serge Berstein, “Nature et fonction des cultures politiques”, en Id. (dir.), *Les cultures politiques en France*, Paris, Éditions du Seuil, 2003, pp. 11-36; Pierre Urfalino, “La historia de la política cultural”, en Jean-Pierre Rioux y Jean-François Sirinelli, *Para una historia cultural*, México, Taurus, 1997, pp. 327-340.

¹⁰ Guenther Roth, *The Social Democrats in Imperial Germany. A study in Working Class-Isolation and National Integration*, New Jersey, The Bedminister Press, 1963.

¹¹ La crítica más importante que recibió el trabajo de Roth fue elaborada por Vernon Lidtke a mediados de los años ochenta: Vernon Lidtke, *The Alternative Culture. Socialist Labor in Imperial Germany*, New York, Oxford University Press, 1985. Entre los trabajos que expresan las nuevas perspectivas para otros casos nacionales, pueden citarse: Francisco de Luis Martín, “La cultura socialista en España: de los orígenes a la guerra civil”, en *Ayer*, N° 54, 2004, p. 240; Silvia Dominici, “La cultura socialista in Italia nell'età liberale: Lineamenti e indirizzi di ricerca”, en *Studi Storici*, Año 33, N° 1, 1992, pp. 135-247; Julio Pinto Vallejos, “El despertar del proletariado: El Partido Obrero Socialista y la construcción de la identidad obrera en Chile”, en *Hispanic American Historical Review*, 86:4, 2006, pp. 707-745; Christophe Prochasson, *Le socialisme, une culture*, Paris, Jean Jaurès Fondation, 2009; Michel Winock, “La culture politique des socialistes”, en Serge Bernstein (dir.), op. cit., 2003, pp. 189-226.

subcultura marxista defendida por Roth fue sustituida por el antagonismo entre cultura de élite y cultura popular, o bien, por la rivalidad entre izquierda y derecha.

La cultura impresa del socialismo de fines del siglo XIX y principios del siglo XX ha constituido un tema de creciente interés entre los especialistas, al punto de haber sido propuesta recientemente como verdadera clave explicativa del declive secular del socialismo en la segunda mitad del siglo XX.¹² Dentro de los distintos aspectos de la sociabilidad cultural socialista (educación, literatura, arte, deportes, etcétera) las prácticas editoriales comenzaron a ser estudiadas con detalle desde fines de los años setenta. Estimulados por el auge de la historia del libro y la lectura, un grupo de historiadores dedicó sus esfuerzos a comprender el proceso de difusión y vulgarización del “socialismo científico” a través de la producción y circulación de libros y folletos editados por militantes socialistas.¹³

En cuanto al lugar de la prensa periódica en la cultura socialista, existen trabajos destacados que abordaron el tema desde diferentes ángulos. En algunos casos, se priorizó una visión de conjunto dirigida a reconstruir el sistema de periódicos socialistas publicados en un determinado tiempo y lugar.¹⁴ En otros casos, las relaciones entre el socialismo y la prensa periódica fueron analizadas desde la perspectiva que daba la trayectoria individual de sus principales publicistas.¹⁵ No obstante, el acercamiento más usual fue la elaboración de estudios que escogieron como objeto de análisis un periódico específico del mundo socialista y siguieron su devenir.¹⁶ A diferencia de los

¹² Régis Debray, “El socialismo y la imprenta: un ciclo vital”, *New Left Review*, N° 46, 2007, pp. 5-26. Para un análisis de la bibliografía producida en torno al lugar de los libros, folletos y periódicos en la política socialista a fines del siglo XIX y principios del XX, me permito remitir a: Juan Buonuome, “Cultura impresa y socialismo. Lecturas sobre la historia de la prensa socialista en tiempos de la Segunda Internacional”, en *Políticas de la Memoria*, N° 14, 2013/2014, pp. 139-149.

¹³ Franco Andreucci, “La difusión y vulgarización del marxismo”, en Franco Andreucci, Eric Hobsbawm y Andrzej Walicki (dirs.), *Historia del marxismo. El marxismo en la época de la IIª Internacional (3)*, Barcelona, Bruguera, 1980, pp. 13-88; Eric Hobsbawm, “La difusión del marxismo (1890-1905)”, en *Marxismo e historia social*, Puebla, Universidad Autónoma de Puebla, 1983, pp. 101-128; Jason Martinek, *Socialism and Print Culture in America, 1897-1920*, London, Pickering & Chatto, 2012; Pedro Ribas, *La introducción del marxismo en España (1869-1939)*, Madrid, De la Torre, 1981; Allen Ruff, *‘We Called Each Other Comrade’: Charles H. Kerr & Company, Radical Publishers*, University of Illinois Press, 1997; Horacio Tarcus, op. cit., 2007.

¹⁴ Marjorie Gaudemer, *Inventaire de la presse socialiste. France, 1871-1914*, Paris, Codhos éditions, 2006; Pantaleone Sergi, “Comunicare il socialismo. La stampa del PSI (1892-1914) attraverso i congressi di partito”, en *Humanities*, Año 2, N° 4, 2013, pp. 78-107; Guillermo Sunkel, *Razón y pasión en la prensa popular. Un estudio sobre cultura popular, cultura de masas y cultura política*, Santiago, ILET, 1985.

¹⁵ Simone Fraisse, “Lucien Herr, journaliste (1890-1905)”, en *Le Mouvement Social*, N° 92, 1975, pp. 93-102; Charles Silvestre, *Jaurès, la passion du journaliste*, Paris, Le Temps des Cerises, 2010; Elliot Shore, *Talkin’ Socialism. J. A. Mayland and the Role of the Press in American Radicalism, 1890-1912*, Lawrence University Press of Kansas, 1988.

¹⁶ Para el caso francés el periódico más estudiado fue *l’Humanité*: Bernard Chambaz, *l’Humanité (1904-2004)*, Paris, Seuil, 2004; Alexandre Courban, *l’Humanité (abril 1904 – août 1939). Histoire sociale*,

trabajos sobre edición socialista de libros y folletos, el foco no estuvo en la difusión de las ideas marxistas. En cambio, los estudios sobre periódicos se caracterizaron, en primer lugar, por la atención brindada al proceso de institucionalización del movimiento socialista. En parte como producto del impacto del planteo de Lenin en torno a la importancia del periódico como “organizador colectivo”, los historiadores del socialismo indagaron en las disputas y dinámicas políticas internas de los órganos de prensa socialista, y en su capacidad para llevar a cabo el proceso de centralización partidaria que marcaba la estrategia socialista en tiempos de la Segunda Internacional.¹⁷

En segundo lugar, algunos trabajos sobre periódicos socialistas se enfocaron en el problema de la construcción de la identidad de las clases populares en relación al tipo de posicionamiento que las empresas periodísticas del socialismo tuvieron respecto a la cultura de masas. Así, se indagó en la difícil adaptación de los órganos socialistas a las lógicas de organización comercial del periodismo, como en el impacto que ellas generaron en sus formas de construir un público lector. Se problematizó entonces la presión que la industria periodística ejercía sobre el funcionamiento interno de los órganos socialistas –sobre todo, en sus formas de financiamiento y circulación, su nivel tecnológico y su organización legal– y se exploró en las transformaciones que sufrían ciertos géneros y usos del lenguaje –crónica policial, avisos comerciales, sensacionalismo– cuando eran incluidos en la trama discursiva del socialismo.

En la Argentina no existe aún un corpus de estudios significativo sobre la relación entre el socialismo y la prensa periódica. La historia de *La Vanguardia* como problemática en sí misma ha recibido mayor atención por parte del propio partido y sus

politique et culturelle d'un journal du mouvement ouvrier français, Tesis de doctorado, Université de Bourgogne, 2005; Christian Delporte, Claude Penner, Jean-François Sirinelli et Serge Wolikow (dirs.), *l'Humanité de Jaurès à nos jours*, Paris, Nouveau Monde, 2004; Roland Leroy (dir.), *Un siècle d'Humanité, 1904-2004*, Paris, éditions le cherche midi, 2004. También han sido estudiados en Francia el *Cri du Peuple* y *L'Egalité*: Henri Feller, “Physionomie d'un quotidien: le *Cri du Peuple* (1883-1889)”, en *Le Mouvement social*, N° 53, octubre-diciembre 1965, pp. 69-97 y Michelle Perrot, “Le premier journal marxiste française: *L'Egalité* de Jules Guesde (1877-1883)”, en *L'Actualité de l'Histoire*, N° 28 julio-septiembre 1959, pp. 1-26. Para el caso del *Avanti!* de Italia: Gaetano Arfè, *Storia dell'Avanti!*, Napoli, Giannini Editore, 2002; Ugo Intini, *Avanti! Un giornale, un'epoca*, Roma, Ponte Sisto, 2012; Piero Scorti, *Storia dell'«Avanti!» 1896-1986*, Milan, SugarCo Edizioni, 1986. Para el caso de *El Socialista* de España: Santiago Castillo, “La influencia de la prensa obrera francesa en *El Socialista* (1886-1890). Datos para su estudio”, en *Revista de Trabajo*, N° 56, 4º trimestre 1976, pp. 87-136; Santiago Castillo, “Fuentes para la historia del movimiento obrero: *El Socialista* (1886-1900)”, en Bernard Barrère *et al*, *Metodología de la historia de la prensa española*, Madrid, Siglo XXI, 1979, pp. 177-184. Sobre el *Vorwärts* de Berlín: Raymond Dominick, “Democracy or Socialism? A Case Study of 'Vorwärts' in the 1890s”, en *Central European History*, Vol. 10, N° 4, 1977, pp. 286-311. Sobre el *Appeal to Reason* de Estados Unidos: John Graham (ed.), *Yours for the Revolution'. The Appeal to Reason, 1895-1922*, Lincoln and London, University of Nebraska Press, 1990.

¹⁷ Vladimir I. Lenin, *Obras escogidas, Tomo I*, Moscú, Editorial Progreso, 1973, p. 255.

dirigentes que por los historiadores profesionales. Los relatos que forman parte de la historia militante del periódico, elaborados sobre la base de recuerdos personales y con fuerte tono autocelebratorio, resultan de utilidad como fuente de información pero carecen de interpretaciones que puedan servir al debate historiográfico actual.¹⁸ En tanto, las contadas observaciones sobre la experiencia política y periodística de *La Vanguardia* presentes en la bibliografía especializada de las últimas décadas han sido, en realidad, capítulos menores de trabajos destinados a dilucidar otros aspectos de la historia del socialismo del cambio de siglo. Así, los estudios de Ricardo Martínez Mazzola, Horacio Tarcus y Richard Walter, han avanzado en el conocimiento de la función de *La Vanguardia* como receptora y difusora del marxismo entre los círculos obreros y socialistas de Buenos Aires, así como en el rol político que jugó el semanario como escenario y objeto de las disputas entre distintos sectores dentro del partido.¹⁹

Está pendiente, sin embargo, un esfuerzo sistemático que ilumine otras facetas de la experiencia socialista desde el ángulo que ofrece su principal órgano de prensa. Si *La Vanguardia* ha sido estudiada desde el punto de vista de su función doctrinaria y organizativa hacia el interior del movimiento socialista, resulta necesario un examen que logre incorporar otras dimensiones de esta empresa militante atendiendo a sus vínculos con realidades externas al campo socialista, al movimiento obrero o a la izquierda. En la Argentina del cambio de siglo, donde las fronteras sociales estaban en permanente redefinición y el campo ideológico y político se caracterizaba por un extendido consenso liberal (era ajeno, por lo tanto, a la oposición entre derecha e izquierda), la cultura socialista no pudo presentarse sino con rasgos marcadamente abiertos y permeables. El trabajo de investigación que he realizado sobre los vínculos entre *La Vanguardia* y el mencionado proceso de modernización periodística (teniendo en cuenta tanto sus lógicas, como sus principales actores: los periódicos, los periodistas y los lectores) ha pretendido avanzar en esta dirección.

¹⁸ *La Vanguardia 50º Aniversario*, Buenos Aires, La Vanguardia, 1944; *La Vanguardia. Anuario del Centenario 1894-1994*, Buenos Aires, 1994; Juan Antonio Solari, *La Vanguardia. Su trayectoria histórica. Hombres y luchas*, Buenos Aires, Afirmación, 1974; “El XXVIº Aniversario de *La Vanguardia*. La fiesta conmemorativa del Teatro Nuevo. El discurso del Dr. Repetto”, LV, 8/4/1920; Enrique Dickmann, “El XXV Aniversario de *La Vanguardia*”, en Id., *Páginas Socialistas*, Buenos Aires, La Vanguardia, 1928, pp. 91-106.

¹⁹ Ricardo Martínez Mazzola, “El papel de la prensa en la formación del socialismo en la Argentina (1890-1912)”, en *VII Congreso Nacional de Ciencia Política*, Córdoba, SAAP-Universidad Católica de Córdoba, 2005; Horacio Tarcus, op. cit., 2007; Richard Walter, “The Socialist Press in Turn-of-the-Century Argentina”, en *The Americas*, vol. 37, N° 1, julio 1980, pp. 1-24.

Desde el punto de vista metodológico, esta labor de investigación se ha nutrido de estudios que enfatizan la capacidad de los objetos impresos para constituir relaciones e identidades sociales.²⁰ Así, a diferencia de los trabajos sobre prensa periódica en los que se privilegia sólo un aspecto del periódico por sobre el resto (por ejemplo, los editoriales, los folletines o las imágenes), ha resultado productivo abordar en modo conjunto los distintos elementos del periódico vinculados a su materialidad como artefacto cultural.

Además de objeto de análisis, *La Vanguardia* se constituyó en la fuente principal de información sobre su propia historia. En parte por tratarse del órgano de un partido político, cuya función era expresar las visiones de sus miembros, sus páginas dieron una permanente publicidad a los avatares de su vida interna. A su vez, los lectores-afiliados tomaron como costumbre intervenir con críticas, propuestas y sugerencias, de allí que puedan conocerse gran parte de los debates que acompañaron a los principales cambios que zanjaron su trayectoria. Como complemento, ha sido posible acceder a correspondencias, actas de reuniones y memorias militantes, que posibilitaron un acercamiento a la perspectiva de quienes animaron la vida del semanario socialista. Por otra parte, ha sido útil la consulta de ejemplares de periódicos socialistas del ámbito local e internacional, con el fin de comprender mejor las particularidades de *La Vanguardia*. Finalmente, la utilización de periódicos, anuarios y guías periodísticas, estudios especializados y testimonios de viajeros extranjeros ha abierto la posibilidad de situar al semanario socialista en la dinámica del mundo periodístico de la Argentina a fines de siglo.

²⁰ Los trabajos producidos desde los años setenta por Elizabeth Eisenstein Roger Chartier y Robert Darnton han sido claves para constituir al mundo impreso, en particular a los libros, como objeto de análisis historiográfico: Roger Chartier, *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*, Madrid, Alianza, 1994; Roger Chartier y Daniel Roche, “El libro. Un cambio de perspectiva”, en Jacques Le Goff, y Pierre Nora (pres.), *Hacer la historia. III. Objetos nuevos*, Barcelona, Editorial Laia, 1985, pp. 119-140; Robert Darnton, “¿Qué es la historia del libro?”, en Id., *El beso de Lamourette. Reflexiones sobre historia cultural*, Buenos Aires, F.C.E., 2010, pp. 117-146; Elizabeth Eisenstein, *La imprenta como agente de cambio. Comunicación y transformaciones culturales en la Europa moderna temprana*, México, F.C.E., 2010. En la última década, en un contexto en que la preocupación sobre el mundo material y las prácticas vinculadas a los objetos se presentan como vía privilegiada de renovación historiográfica pasado el furor del giro lingüístico, los estudios sobre cultura impresa han ganado un nuevo impulso: Sabrina Alcorn Baron, Eric N. Lindquist and Eleanor F. Shevlin (eds.), *Agent of change: Print Culture Studies after Elizabeth L. Eisenstein*, Amherst & Boston, University of Massachusetts Press, 2007; Bill Brown, “The matter of materialism. Literary mediations”, en Patrick Joyce and Tony Bennett, *Material Powers. Cultural studies, history and the material turn*, New York, Routledge, 2010, pp. 60-78; Dominique Kalifa, Philippe Régner, Marie-Eve Thérenty y Alain Vaillant, “Introduction”, en Id. (dir.), *La Civilisation du Journal. Histoire culturelle et littéraire de la presse française au XIXe siècle*, Paris, Nouveau Monde éditions, 2012, pp. 7-21; Frances Robertson, “Introduction”, en Id., *Print Culture. From Steam Press to eBook*, New York, Routledge, 2013, pp. 1-17.

La investigación ha cubierto cuatro ejes problemáticos, correspondientes a los cuatro capítulos de la tesis. En el Capítulo I el objetivo ha sido analizar las características de *La Vanguardia* como empresa militante. Ello implicó identificar las acciones y discursos que permitieron a los militantes socialistas situar al semanario como el principal vocero del socialismo argentino y, al mismo tiempo, colaborar en la estructuración partidaria de dicho movimiento. Se examinó el lugar de *La Vanguardia* en los contextos de emergencia y expansión de la prensa socialista en la Argentina, lo cual permitió visualizar disputas en torno a la estrategia de centralización política emprendida por los animadores del semanario socialista. Por otro lado, se indagó en las formas de gestión económica (financiación y circulación) y en las características de su *staff* de redactores, lo que favoreció la observación de ciertas tensiones surgidas entre las lógicas militante y comercial en el modelo periodístico de *La Vanguardia*.

En el Capítulo II se abordó el estilo periodístico de *La Vanguardia* a partir del registro de los principales cambios de su formato y de su sistema de secciones. La observación detallada del modo en que el semanario socialista presentó y clasificó sus contenidos editoriales entre 1894 y 1905 resultó una puerta de entrada para comprender la forma en que su redacción construyó distintas imágenes del lector. Así, el examen de las dinámicas de jerarquización y marginación espacial de las diferentes secciones y de las transformaciones de la materialidad gráfica del periódico permitió iluminar estrategias periodísticas –presentes en todo el período, pero de mayor consistencia y centralidad entre 1897 y 1902– que se orientaban a captar a un extendido público popular que excedía por mucho al mundo militante.

En el Capítulo III se buscó agudizar la mirada en uno de los dispositivos utilizados por los editores de *La Vanguardia* para captar a los anónimos lectores del cambio de siglo: las ilustraciones. A pesar de la extrema confianza que los socialistas depositaban en la palabra impresa como agente de transformación, las capacidades todavía limitadas de lectura de buena parte del público al que se dirigían los impulsó a explotar el recurso de las imágenes como vehículo propagandístico. Las figuras del trabajador, omnipresentes en las portadas ilustradas del semanario, fueron colocadas en este capítulo en relación al flujo de imágenes que atravesaba a las principales publicaciones del movimiento socialista internacional, de modo de identificar las particularidades que caracterizaron a la aproximación de los socialistas argentinos al mundo del trabajo sobre el que les tocaba actuar. Tensionadas entre la búsqueda por acomodarse a los gustos del “pueblo trabajador” y la pretensión por moldear sus ideas y conductas, las ilustraciones

de *La Vanguardia* tuvieron como efecto apuntalar el proceso de integración social y cultural de los trabajadores a una sociedad que se modernizaba en forma acelerada.

En el Capítulo IV se abordaron las representaciones que *La Vanguardia* construyó en este período sobre los periódicos que protagonizaban el proceso de modernización periodística: *La Prensa*, *La Nación* y *El Diario*. Ante la evidente capacidad que mostraban estos “grandes diarios” a la hora de capitalizar en términos políticos el proceso de democratización de la lectura en el cambio de siglo, una profunda ansiedad recorrió las páginas del semanario socialista. Los redactores de *La Vanguardia* intentaron dar cierta inteligibilidad al fenómeno, al publicar descripciones sobre el funcionamiento interno de los diarios, el perfil de sus periodistas y lectores, sus formas de intervención política y sus representaciones de la sociedad argentina. Planteada como un diálogo que, sin embargo, no obtuvo respuesta, esta atención permanente brindada a la “prensa burguesa” puso de manifiesto una lectura detallada, compleja y no exenta de contradicciones sobre la formación de un mercado de bienes culturales en la Argentina.

Desde una perspectiva más general, el seguimiento realizado en la investigación de los cambios atravesados por el periódico en sus niveles organizativo, material y discursivo, evidenció el carácter dinámico y diverso de la cultura socialista del cambio de siglo. Divulgar, organizar, instruir, denunciar, informar, entretener: *La Vanguardia* se propuso cumplir todas estas funciones y la importancia relativa de cada una ellas estuvo supeditada a las distintas coyunturas a la que tuvieron que enfrentar los socialistas. En particular, se observó que entre 1897 y 1902, en un contexto económico marcado por el repunte del consumo y por un escenario político particularmente agitado –en el que los “grandes diarios” tuvieron un papel protagónico como oposición al segundo gobierno de Roca– la economía y la fisonomía de *La Vanguardia* estuvieron menos orientadas a consolidar la institucionalización del partido o a zanjar debates teóricos y políticos en su seno, que a seducir a un público no militante a través de un mayor acento en la información de actualidad, la recreación y el consumo.

Además de cuestionar una imagen de *La Vanguardia* exclusivamente centrada en sus funciones doctrinaria y organizativa al interior del campo socialista, este examen permitió relativizar miradas centradas en forma exclusiva en el papel de Juan B. Justo como primer director del periódico y principal dirigente partidario. Entre 1897 y 1902, otras dos figuras militantes se destacaron en la vida del periódico. Uno de ellos fue el andaluz José A. Lebrón, administrador del órgano partidario entre mediados de 1896 y fines de 1897. Lebrón fue impulsor de innovaciones en la gestión comercial de la

empresa, como los avisos publicitarios y la venta callejera. En debate con algunos miembros del partido que rechazaban el uso de avisos comerciales por considerarlos un engaño, Lebrón defendía esta vía de financiamiento estableciendo una analogía con la estrategia política del socialismo y su concepción del estado. Frente al excesivo doctrinarismo, oponía una actitud que se pretendía más práctica y realista:

Desde luego, yo sería contrario a la publicación de avisos por no contribuir a ese laberinto de farsas y macanas que representan un desperdicio inútil de fuerza, de igual manera que sería contrario de la acción política de nuestro partido para no contribuir a prestarle apoyo moral, en cierto modo, al Estado, porque precisamente nuestro ideal es destruirlo, pero como una y otra cosa nos proporcionan armas para luchar y nos ponen en mejores condiciones cada día, las aceptamos hasta tanto seamos suficientemente fuertes para procurarnos otras.²¹

Lebrón fue, además, el artífice de la publicación semanal de los “grabados de actualidad” en la primera página del periódico desde 1897. Realizadas en buena parte por el caricaturista José María Cao, las ilustraciones constituyeron, en perspectiva de Lebrón, un argumento importantísimo para aumentar los niveles de venta de números sueltos en la vía pública.

El otro militante que merece mencionarse es Adrián Patroni, con seguridad el propagandista socialista más activo durante estos años. Patroni fue el principal mentor de las formas de propaganda “popular” o “menuda”. Dirigidas a lo que él denominaba lector “indiferente”, ellas se apoyaban en la combinación de diálogos y correspondencias de ficción, con tópicos y usos del lenguaje de la literatura y la poesía criollistas, formas culturales profundamente populares en aquel entonces. A modo de ejemplo, puede mencionarse el intercambio epistolar ficticio publicado en agosto de 1902, durante la gestión de Patroni como jefe de redacción de *La Vanguardia*. En la primera carta, el corresponsal “Pajuerano” consultaba al redactor del semanario socialista: “Sería güeno que el amigaso redactor, que asigún vide, anduvo por muchas partes de la República, nos diga qué debemos hacer pa salir del atolladero”.²² La respuesta, que llegaba dos semanas después, estaba firmada por “Pueblerero” y se iniciaba así: “Su carta ha venío de rechupetete, pues ansina tendremos lonja pa achurar y pa trenzar, y los amigazos de pajuera van a gozar leyendo las cartas criollas, ya que ellos son duros de boca y no les gusta ni entienden á los que escriben con política”.²³

²¹ José A. Lebrón, “Dos palabras”, LV, 26/12/1896, pp. 2-3.

²² Pajuerano, “Lamentos de un criollo”, LV, 16/8/1902, p. 3.

²³ Pueblerero, “Pa los criollos”, LV, 30/8/1902, p. 3.

Las acciones de Lebrón y Patroni estuvieron teñidas de una clara voluntad por favorecer la integración más que la separación de la cultura socialista respecto a la sociedad y la cultura de su tiempo. Esta apertura estuvo vinculada en forma directa a la respuesta que ensayaron los socialistas frente a la presión que ejerció sobre su acción el fenómeno de modernización periodística y la singular capacidad de los “grandes diarios” para capitalizar el proceso de democratización de la lectura de fines de siglo. A diferencia de sus pares alemanes, cuyo orgulloso aislamiento en una “subcultura” les impidió reconocer la influencia que sobre los trabajadores tenían las instituciones culturales dominantes, entre ellas, la “prensa burguesa”, los militantes argentinos se esforzaron por interpretar y, en la medida de sus posibilidades, neutralizar dicha amenaza.

Uno de los efectos de esta actitud fue la relativización del marco de prácticas, símbolos y valores que ligaba a los socialistas argentinos con el movimiento obrero y socialista nacional e internacional. Si bien una buena parte de sus estrategias estuvo referenciada en la cultura impresa de los socialistas y anarquistas del país y del exterior, los animadores de *La Vanguardia* debieron recurrir al acervo de discursos, prácticas y representaciones que conformaban la emergente cultura de masas de la Argentina del cambio de siglo. Esto provocó una serie de tensiones en el modelo de periódico militante –reñido con las leyes del mercado periodístico y dirigido a un pequeño grupo relativamente cerrado de activistas– que *La Vanguardia* había encarnado en forma inmejorable entre su fundación y el Congreso Constituyente del Partido Socialista de mediados de 1896.

Hacia mediados de la primera década del siglo XX, el Partido Socialista evidenció una expansión de su estructura organizativa, expresada en el aumento en la cantidad de afiliados, centros partidarios y votantes. En este contexto, lejos de replegarse sobre sí misma, la cultura socialista pareció dar un paso más allá en su interacción con la cultura de masas. Gracias a la elección de Alfredo Palacios como diputado nacional en 1904, el partido tuvo a disposición los recursos económicos necesarios para adquirir una imprenta propia y lograr la conversión de *La Vanguardia* en diario matutino, producida en 1905. La transformación conllevó una serie de innovaciones en el perfil periodístico del órgano partidario que profundizaron su orientación hacia lo informativo y coyuntural. Dado que la intención era competir de igual a igual con la “prensa burguesa”, su estructura de secciones se asemejó al estilo de los “grandes diarios” y su *staff* de redacción inició un proceso de especialización profesional. Este ciclo de

modernización de *La Vanguardia* se completó en 1913, cuando los buenos resultados electorales del socialismo tras la sanción de la ley Sáenz Peña le dio la posibilidad de adquirir nuevas maquinarias y engrosar el formato del periódico. Nuevos contenidos y secciones fueron incluidos, lo que requirió de un nuevo y nutrido plantel de redactores, entre los que hubo periodistas profesionales no afiliados al partido.

Lo sucedido con *La Vanguardia* después de 1905 confirma uno de los rasgos salientes del socialismo argentino del cambio de siglo, a saber, su firme voluntad por llevar adelante un proceso de educación política de las mayorías trabajadoras utilizando los elementos que disponía la cultura de su tiempo. Si se puede hablar entonces de una “cultura socialista” en la Argentina de entresiglos, no se trató de un intento por construir un universo aparte o una “subcultura”, sino de una forma original de leer e interpretar los cambios vertiginosos que configuraban la vida social, cultural y política de los trabajadores que habitaban el país.